

El Papa Francisco ha instituido el «domingo de la Palabra de Dios», a través de la Carta Apostólica en forma de Motu Proprio, titulada *Aperuit illis*, estableciendo que el III Domingo del Tiempo Ordinario esté dedicado a la celebración, reflexión y divulgación de la Sagrada Escritura.

En su carta, el Pontífice asegura que «la relación entre el Resucitado, la comunidad de creyentes y la Sagrada Escritura es intensamente vital para nuestra identidad».

El Papa recuerda que ya sugirió la idea de instituir un domingo del año para el fin decretado con la actual carta apostólica:

«Tras la conclusión del *Jubileo extraordinario de la misericordia*, **pedí que se pensara en «un domingo completamente dedicado a la Palabra de Dios**

, para comprender la riqueza inagotable que proviene de ese diálogo constante de Dios con su pueblo» (Carta ap.

*Misericordia et misera*

, 7). Dedicar concretamente un domingo del Año litúrgico a la Palabra de Dios nos permite, sobre todo, hacer que la Iglesia reviva el gesto del Resucitado que abre también para nosotros el tesoro de su Palabra para que podamos anunciar por todo el mundo esta riqueza inagotable».

Igualmente recuerda que «el Concilio Ecuménico Vaticano II dio un gran impulso al redescubrimiento de la Palabra de Dios con la Constitución dogmática *Dei Verbum*» y, por tanto, «es bueno que **nunca falte en la vida de nuestro pueblo esta relación decisiva con la Palabra viva** que el Señor nunca se cansa de dirigir a su Esposa, para que pueda crecer en el amor y en el testimonio de fe».

En el punto 3 de la carta apostólica decreta:

«Así pues, **establezco que el III Domingo del Tiempo Ordinario esté dedicado a la celebración, reflexión y divulgación de la Palabra de Dios** . Este *Domingo de la Palabra de Dios*

se colocará en un momento oportuno de ese periodo del año, en el que estamos **invitados a fortalecer los lazos con los judíos y a rezar por la unidad de los cristianos**

. No se trata de una mera coincidencia temporal: celebrar el

*Domingo de la Palabra de Dios*

expresa un valor ecuménico, porque la Sagrada Escritura indica a los que se ponen en actitud de escucha el camino a seguir para llegar a una auténtica y sólida unidad.

Tras recordar el pasaje bíblico que describe a todo el pueblo de Israel escuchando la palabra de Dios tras regresar del exilio babilónico, afirma:

«**La Biblia no puede ser sólo patrimonio de algunos**, y mucho menos una colección de libros para unos pocos privilegiados.

**rtenece, en primer lugar, al pueblo convocado para escucharla y reconocerse en esa Palabra**

Pe

. A menudo se dan tendencias que intentan monopolizar el texto sagrado relegándolo a ciertos círculos o grupos escogidos. No puede ser así. La Biblia es el libro del pueblo del Señor que al escucharlo pasa de la dispersión y la división a la unidad.

**La Palabra de Dios une a los creyentes y los convierte en un solo pueblo**

».

Papel de los pastores

El Pontífice recuerda que «**los Pastores son los primeros que tienen la gran responsabilidad de explicar y permitir que todos entiendan la Sagrada Escritura**

. Puesto que es el libro del pueblo, los que tienen la vocación de ser ministros de la Palabra deben sentir con fuerza la necesidad de hacerla accesible a su comunidad».

Y añade:

«La homilía, en particular, tiene una función muy peculiar, porque posee «un carácter cuasi sacramental» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 142). **Ayudar a profundizar en la Palabra de Dios, con un lenguaje sencillo y adecuado para el que escucha,**

le permite al sacerdote mostrar también la «belleza de las imágenes que el Señor utilizaba para estimular a la práctica del bien» (ibíd.). Esta es una oportunidad pastoral que hay que

aprovechar».

El Papa advierte que «es necesario dedicar el tiempo apropiado para la preparación de la homilía. No se puede improvisar el comentario de las lecturas sagradas». Y respecto a los catequistas, dice:

«**Es bueno que también los catequistas**, por el ministerio que realizan de ayudar a crecer en la fe, **sientan la urgencia de renovarse a través de la familiaridad y el estudio de la Sagrada Escritura**, para favorecer un verdadero diálogo entre quienes los escuchan y la Palabra de Dios».

La muerte y resurrección de Cristo no son un mito

El Santo Padre declara que «puesto que las Escrituras hablan de Cristo, **nos ayudan a creer que su muerte y resurrección no pertenecen a la mitología, sino a la historia** y se encuentran en el centro de la fe de sus discípulos».

Biblia y fe

Igualmente explica que «es profundo el vínculo entre la Sagrada Escritura y la fe de los creyentes. **Porque la fe proviene de la escucha y la escucha está centrada en la palabra de Cristo** (cf. Rm 10,17), la invitación que surge es la urgencia y la importancia que los creyentes tienen que dar a la escucha de la Palabra del Señor tanto en la acción litúrgica como en la oración y la reflexión personal».

Biblia y Eucaristía

Tras recordar «el inseparable vínculo entre la Sagrada Escritura y la Eucaristía», el Pontífice constata que «**la Sagrada Escritura y los Sacramentos no se pueden separar**. Cuando los Sacramentos son introducidos e iluminados por la Palabra, se manifiestan más claramente

como la meta de un camino en el que Cristo mismo abre la mente y el corazón al reconocimiento de su acción salvadora».

La Biblia es más que mera historia

El Papa afirma que «la Biblia no es una colección de libros de historia, ni de crónicas, sino que está totalmente dirigida a la salvación integral de la persona. **El innegable fundamento histórico de los libros contenidos en el texto sagrado** no debe hacernos olvidar esta **finalidad primordial: nuestra salvación**».

Un texto nunca antiguo

Francisco indica que «cuando la Sagrada Escritura se lee con el mismo Espíritu que fue escrita, permanece siempre nueva. El Antiguo Testamento no es nunca viejo en cuanto que es parte del Nuevo, porque todo es transformado por el único Espíritu que lo inspira».

María, primera en creer

Por último, el Pontífice explica que «en el camino de escucha de la Palabra de Dios, **nos acompaña la Madre del Señor, reconocida como bienaventurada porque creyó** en el cumplimiento de lo que el Señor le había dicho». Y añade:

«Ningún pobre es bienaventurado porque es pobre; lo será si, como María, cree en el cumplimiento de la Palabra de Dios. Lo recuerda un gran discípulo y maestro de la Sagrada Escritura, san Agustín: «Entre la multitud ciertas personas dijeron admiradas: «Feliz el vientre que te llevó»; y Él: «Más bien, felices quienes oyen y custodian la Palabra de Dios». **Esto equivale a decir: también mi madre, a quien habéis calificado de feliz, es feliz precisamente porque custodia la Palabra de Dios** ; no porque en ella la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, sino porque custodia la Palabra misma de Dios mediante la que ha sido hecha y que en ella se hizo carne» (

*Tratados sobre el evangelio de Juan*  
, 10,3)».